

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 156

Cartas patrióticas de una padre a su hijo, sobre los principios que deben regir sus acciones

CARTAS PATRIÓTICAS

De un padre a su hijo sobre los principios que deben dirigir sus acciones en la presente calamidad por la convicción de lo injusto y criminal del objeto de los insurgentes. Sacadas del Semanario Económico número 42 y siguientes.

CARTA PRIMERA

Querido Carlos: No he podido leer con indiferencia tu carta fecha de 29 del pasado, en que me indicas los angustiosos temores y sobresaltos que agitan tu corazón en tal críticas circunstancias. Tu padre se estremecía al considerar tu suerte sin haber tenido la más mínima razón desde que corrieron las primeras noticias, y aunque tu virtud y tus principios apoyaban mi confianza, son muchos los hechizos de la seducción, y mucha la astucia de la iniquidad cuando quiere arrastrar consigo al hombre para efectuar sus designios; esto me hacía temblar. ¡Qué hubiera sido de tu padre, mi querido Carlos, si hubiera oído decir que te habías mezclado con los revoltosos, empuñando la espada de la discordia? Primero querría verte muerto que tener el terrible dolor de considerarte causa de tantos males como se previenen a mi afligido espíritu en tan lamentable situación. Cree, hijo mío, que a no tener puesta mi confianza en la poderosa protección de María santísima de Guadalupe que nos protege visiblemente de nuestros enemigos, ya me hubiera rendido a la fuerza de la aflicción y la acongoja; porque sólo quien ha leído los horrorosos desastres de la revolución francesa, podrá dar una ligera de tan funestas calamidades.

Nuestro dolor es inevitable, hijo mío, y tú debes disponerte a resistir a la fuerza con

la fuerza. Consuélate con la virtud, y alégrate en tus deberes. Ten presente que los enemigos del orden público pierden el derecho de ciudadanos y el de reclamar la fraternidad que nos exige la religión y naturaleza. Todo el que se oponga a la tranquilidad y al orden social debe considerarse como una fiera que nos sorprende, y que debe resistirse con la mano armada. Haz que estos principios dirijan siempre tus acciones, y vivirás tranquilo en medio de las mayores turbulencias y sin temer a la muerte.

Ten también presente, hijo mío, para todas tus resoluciones, que serán muy difíciles en tan amargas circunstancias, aquel juramento santo con que todos estamos sometidos a las autoridades que actualmente nos gobiernan a nombre de nuestro suspirado FERNANDO VII. Tú sabes muy bien, hijo mío, que se debe obedecer al rey y a los que lo representan, no sólo por temor, sino por el dictamen mismo de la conciencia, como decía San Pablo a los romanos (*cap. 13 V.5*). Por esto decía el gran Bossuet en su sermón sobre la unidad de la Iglesia, que el trono de los reyes está colocado en el lugar más seguro e inaccesible en que podía estar, pues está en la misma conciencia, como el trono de Dios, y que éste es el fundamento más firme y seguro de la tranquilidad pública.

Al rey se debe la sumisión como a quien domina sobre todos; y a sus ministros como a enviados suyos, que son para proteger el bien y castigar el mal decía San Pedro (*cap. 2 V.3*); éste es el orden de providencia en la armonía admirable de los seres libres; ten tú siempre presente estas máximas, hijo mío, y procura inspirarlas a tus amigos y compañeros que tuvieren la desgracia de estar alucinados con esa efímera imagen de libertad que les predicán los revoltosos. ¡Ah mi querido Carlos! ¡qué distantes están de la justicia y de la razón los que pretenden hallar la felicidad y el orden en el seno de las más horrorosas tempestades y convulsiones de la tierra! ¡qué frenéticos deben estar los que llaman libertad a el arrebató de las pasiones y al huracán funesto de los deseos más viles,

conjurados contra el hombre mismo que los halaga con imágenes que desaparecen como el humo!

¿Qué felicidad podrán producir unos hechos de irrupción que aún en los primeros amagos vierten por todas partes la desolación de unas familias inocentes, cuyas desgracias han trascendido a todo el reino por las mutuas conexiones sociales que forman esta gran familia de americano y europeos? ¿No son recíprocos nuestros intereses en términos de que los daños de los unos recaigan sobre los otros, hasta un completo aniquilamiento que cederán precisamente aún en daño de los irruptores, cuyas manos disipan los caudales ante el ídolo del crimen? ¿Y esto no es romper los lazos más sagrados de la naturaleza, de la humanidad y de la religión? ¿No es un trastorno criminal, cuyas consecuencias serán la desolación y la muerte? ¡Ah ojalá no fuesen tan evidentes estos efectos que no los estuviésemos ya palpando en medio de la amargura del alma! Mi corazón sensible, hijo mío, no puede oír sin enternecerse las atrocidades que ya se han cometido; no puede fijar los ojos con indiferencia en una multitud de familias que han emigrado a esta capital, no sólo de los europeos, sino de nuestros propios paisanos, que ha abandonado sus propiedades, o han sido despojados de ellas por la insolente mano del irruptor. Esposas que han sido arrebatadas del seno de sus virtuosos consortes, e hijos sin el apoyo de sus padres que claman en la amargura de sus corazones inocentes; destituidos de todo socorro los que antes disfrutaban de la paz que les dispensaban las leyes y la naturaleza en sus adquisiciones laboriosas; estos son las víctimas de esos descabellados proyectos, ésta la felicidad que nos prometen.

Ese maldito origen de los odios, forjado por los espíritus infernales que asestan a nuestra unión religiosa; esos nombres de criollo y gachupín, que la malicia ha fomentado para destruirnos, son los que causan tantas desgracias. Quisiera tener más tiempo para darte

una idea de las reflexiones que me ocurren sobre esto, y creo te convencerían de la torpeza e ignorancia de los que fundan sus proyectos en estas voces que nada significan; pero lo haré en otra que deberás recibir en el correo siguiente. Dios te bendiga, hijo mío, como desea.—
Tu Padre.

CARTAS PATRIÓTICAS

De un padre a su hijo etcétera

CARTA SEGUNDA

Hijo mío: no puedo menos que avergonzarme de la debilidad que ha mancillado la conducta de algunos de nuestros paisanos con las pueriles voces de criollos u gachupines. La malignidad les ha pintado un cuadro horroroso con que trata de inspirar el odio, y con unos coloridos mágicos inspira el odio, y con unos coloridos mágicos inspira también la envidia y el desastre como consecuencia de la perversidad; pero descorramos el velo a estos fantasmas, y veremos que donde pudieran darse motivos de queja, encuentra la razón objetos de confianza y de fraternidad. Gachupines y criollos en sustancia quiere decir los mismo que poblanos y toluqueños, gallegos y vizcayanos; no es más que una rivalidad nacida de un fanatismo, con que por lo regular se zahieren los ociosos que no tienen principios, y que si alguna vez forman antipatías entre uno u otro sujeto de juicio, es precisamente sobre una emulación de las virtudes recíprocas de los pueblos, o por los dones que la naturaleza ha querido dar a unos climas más bien que a otros, para formar la grata armonía del universo.

Esta rivalidad se palpa cada día en las conversaciones que desprecian las personas de juicio, como poco conducentes a la tranquilidad de las familias; se encuentran por ejemplo un mexicano con un poblano, y aquel le dice a éste que en su tierra dan nueve cositas por medio, que reciben con salva y repiques la provisión de chito o carne de chivo;

y éste le dice a aquél que sus paisanos son macutenos, corta bolsas; diarreáticos y otras especies con que mutuamente se chancean, y aún algunas veces llegan a los cachetes las burlas; esto mismo se observa aún con más fuego en los colegios, contrapunteándose unos con otros en términos de enardecerse con notables perjuicio en la moral; pero todo viene a parar en nada, porque todos somos unos, todos somos americanos, y todos nos amamos como tales.

Pues de la misma manera los gachupines, no se diferencian de nosotros en nada, porque todos somos españoles, tenemos la propia sangre, las mismas leyes, y la misma religión; lo único que hay es, que ha nacido más allá del mar; pero ni aún esto es diferencia, porque también los habaneros y los peruanos les podemos llamar ultramarinos, y con todo nos estrechan las mismas relaciones que con los europeos; tan España es aquella como ésta, sin más diferencia que la localidad: el traje, las costumbres, los usos, las maneras, el lenguaje, la construcción de templos y edificios, en todo y por todo somos españoles lo mismo que los europeos. No hay quien no tenga un pariente en España, ya sea tío, primo, abuelo, sobrino u otro enlace o conexión de las más estrechas. ¿No es pues una muy solemne necedad y majadería la tal distinción de criollos y gachupines en términos de odiarse por esa leve diferencia?

Otros necios atribuyen estos odios a la preferencia en los empleos, y a los cuantiosos caudales de los gachupines nuestros conciudadanos, pero esto es otra necedad mayor; porque en cuanto a lo primero, es falso que sean preferidos los europeos a los americanos. No me das americano alguno, sino es absolutamente perdido y desastrado, que habiendo ido a España no haya sacado raja con algún empleo o conveniencia; la prueba es bien fácil, ya conoces a varios; porque desengañémonos, en la política sucede lo que en la física, los cuerpos más próximos al sol son los que más participan de su calor. Aún en el mismo

España sucedía que los abogados de Madrid lograban un empleo con más facilidad que los abogados de Granada o de Sevilla, porque aquéllos estaban cerca de la fuente, y los demás apenas eran conocidos, ¿y habría razón para que los granadinos se quejasen de preferencia respecto de los madrileños? Soliciten, dense a conocer, trabajen, ingéniense, y se logrará, porque: “el que no sale del corredor siempre ha de ser maceta.”

Este sistema se ha seguido en el antiguo gobierno, donde reinaba la intriga y el despotismo de aquel bribón de Godoy, que nos ha causado tantas desgracias; pero no debe suceder lo mismo en un gobierno libre como el que nosotros nos vamos a formar a nuestra satisfacción, porque esto quiere decir Cortes; nuestros representantes van allí a deliberar, sin que los obligue rey ni roque, porque toda autoridad cesa junto el congreso de Cortes. Nuestros representantes nos representan a todos y cada uno de nosotros, y ya no vamos allí como colonos, ni como dependientes, sino como hombres libres, como españoles, que en el día es gloria serlo; porque no hay nación más heroica, ni más virtuosa, ni más noblemente libre, cuando con su sangre y sus fatigas está comprando su libertad y la nuestra, sin que nos cueste a nosotros más que cercenar nuestros gastos para socorrer a aquéllos héroes.

Otros dicen por fin que los caudales de los gachupines son más cuantiosos, ¿pero estos caudales no vuelven a quedar en América? ¿no los heredan sus hijos? ¿no circula por todo el reino? Además, este es un principio de política que nuestros tontos no quieren entender, y es que el que no trabaja no come, y el que más trabaja más tiene. El hombre que es industrioso y económico, es necesario que sea rico; pero el flojo y disipado siempre será miserable. El europeo se está a años enteros tras de un mostrador, sufriendo setenta mil privaciones, y mil necesidades de un amo impertinente, hasta que hace su principalito, se echa a volar con sagacidad, con economía y ganas de trabajar, no piensa ni aún en casarse hasta que no asegura su subsistencia; y pregunto ahora ¿hacen esto aquellos criollos que

aunque sean hijos de un labrador o un artesano, se van a holgar a un colegio, en cuya carreta cuando tienen un pan para comer ya no tienen muelas con que marcar? ¿o se encajan una charretera al hombre para andar siempre con visos y sin blanca? Esto es nuestra clase que llaman de primera, que hay otras que teniendo un real o dos diarios para enjarranarse, ya llenaron todos sus deseos, siempre envueltos en la miseria.

Confesemos, pues, querido Carlos, que estamos muy distantes de la verdadera política, y que sólo son ricos y tienen empleos los que lo buscan y lo trabajan, sean criollos o gachupines, sean judíos o moros. Si entre los europeos hay más auxilios recíprocos, es porque saben darse la mano, y saben protegerse con más cariño que muchos de nosotros. Procura desengañar a los preocupados en estas especies, y hazles ver que todos somos unos, y que es una necesidad muy criminal la del hidalgo o caballero de la triste figura que quiere ahora deshacer tuertos, y vengar cuitas de encantamientos, que él se ha figurado para satisfacer sus pasiones. En el correo siguiente te escribiré lo descabellado del proyecto de nuestro caballero andante. Queda entre tanto con Dios, a quien pido te fortalezca en las tribulaciones, como para sí lo desea.— Tu padre que te ama.

CARTAS PATRIÓTICAS

De un padre a su hijo etcétera

CARTA TERCERA

Querido hijo mío: cuando trataba de exponerte las razones que manifestaban lo descabellado de los proyectos del apóstata Hidalgo, según te prometí en mi anterior, me hallé con que lo que exponía como unos meros prenuncios políticos que me sugerían la iniquidad de sus miras y la justicia de nuestra causa, se verificaron positivamente en aquellos días con los últimos sucesos del Monte de las Cruces, y San Gerónimo Aculco, en

que han llevado estos malvados el justo premio de su temeridad y arrojo. Ellos creían que México era tan débil y estaba tan desarmado como Valladolid, y otros pueblos miserables que se les sujetaban, azorados con el fantasma de su fuerza tumultuosa y desordenada, y se dejaban arrastrar de los hechizos del pillaje y la disolución más atrevida. No, hijo mío; hay muchos hombres de bien, y éstos los protege visiblemente la providencia divina siempre llena de bondades, que nos ha dirigido una mirada de propiciación, y ha endulzado nuestras amarguras con un triunfo decidido de la virtud contra el crimen.

Yo no puedo recordar los días últimos de octubre y primeros de noviembre, sin experimentar en mi alma las sensaciones más patéticas y fuertes que me causan los objetos que entonces se presentaron a mi agitado espíritu. Ideas de honor, ideas de gloria; he aquí el contraste que en un extremo desconocido obraba en todos los mexicanos. Una lucha de la virtud y el crimen entre individuos de una misma tribu, que amenazaba a la humanidad en el seno de una religión de amor; éste era el coloso que asomó su frente horrible en esta mansión de paz: pero ¿cómo era posible que la equidad y justicia fueran oprimidas por el crimen y la irreligión? ¿Cómo era posible que una ciudad mariana que pocos días antes había quemado entusiasmada el sagrado incienso de sus cultos a la reina de los cielos María santísima en su portentosa imagen de los Remedios, hubiese de cubrir sus calles de horror, muertes y desolación? ¿Había de ser arrebatado del torbellino tumultuoso de las pasiones desenfrenadas, en medio del asesinato y el robo, un pueblo tan devoto y tan tierno para con esta madre del hermoso amor, *Mater pulchrae dilecciones*, que en aquellos días brillantes llenaba las calles de México con sus votos, las regaban con sus lágrimas de ternura, y levantaba hasta el trono de la omnipotencia los vivas más enérgicos de un entusiasmo desconocido, desde los primeros cultos de esta reina en la Nueva España? Ciertamente que quien tuvo la dicha de haber visto aquellas magníficas demostraciones de las calles de México, el

fervor y la pureza de los ministros del santuario y señoras religiosas de los conventos donde se verificaron las peregrinaciones; el conato de todos los vecinos por donde pasaba, el regocijo público y santo que animaba a México en aquellos días, no podrá menos que confesar que nosotros somos los predilectos de María, y que sólo los ruegos de esta señora para con su hijo santísimo, nos han libertado de aquellos males que nos amenazaron tan inmediatamente, y dieron fortaleza y valor a aquellos héroes de las milicias de México y las Tres Villas, que supieron arrostrar con tan incomparable valor al torrente de los bandidos. Ellos con su sangre, compraron nuestra tranquilidad, y con su denuedo y virtud impusieron respeto al enemigo. La reina de los Ángeles miraba sin duda desde su solio esta batalla, y contuvo al enemigo que según los datos más probables se componía su ejército de cerca de cien mil hombres, cuando los nuestros apenas llegarían a dos mil combatientes; pero con la notable diferencia de que en la parte enemiga peleaban el crimen, la hipocresía, el desorden, la irreligión y la ignorancia, y de la nuestra la justicia, la virtud y la protección de la que es tan terrible como un ejército acampado.

La victoria era consiguiente en estas circunstancias y nuestros soldados se cubrieron de gloria; murieron por la justa causa, y dieron un ejemplo incomparable a los pueblos invadidos; ellos nos han salvado gloriosamente, y en otra posición que no hubiera sido tan escabrosa e incómoda como la del Monte de las Cruces, México y las Tres Villas hubieran acabado con esa caterva tumultuosa de malvados; pero esta acción horrorosa fue ya el preuncio de los sucesivos desastres que ha sufrido en los campos de Aculco, con la total derrota de su ejército, quedando escarmentados de su temeridad y arrojo insolente.

“Vosotros habéis puesto de mi parte la justicia y habéis adelantado la victoria a los romanos, decía Numa Pompilio a los numerosos ejércitos que iban contra Roma, dirigidos por la vengativa Hersilia, hija de Rómulo. Los dioses no pueden jamás favorecer las miras

de ambición y orgullo de los guerreros. Los sabinos y romanos me han dado por aclamación el imperio, y los derechos de mi soberanía son los de la naturaleza, he aquí mi justicia, veréis como la sigue el triunfo.” No se engañó el héroe: los dioses lo protegieron, y en el momento desarmó a los príncipes que iban contra él. Estos brillantes sucesos de la gentilidad, son más naturales en una religión pura y santa; los hombres de bien sostienen los derechos de un rey proclamando por todos los pueblos de ambas Españas; son los mismos de la naturaleza, y ponen la justicia de nuestra parte, es pues consiguiente que el ser supremo, el rey de los reyes, el Dios de los ejércitos dé siempre la victoria a los que pelean de acuerdo con la equidad y la justicia: tal ha sido esta decisiva acción de los campos de Aculco, donde el inmortal Calleja, donde los héroes del valor, los verdaderos vasallos del inocente y deseado Fernando VII, han impuesto un irresistible respeto de nuestras armas a esa innumerable ceterba de bandidos infieles y desnaturalizados hijos de esta Nueva España. Allí ha brillado más que nunca la protección de la reino de los cielos, y ha quedado descubierto hasta la evidencia lo descabellado de los proyectos del apóstata Hidalgo y sus alucinados secuaces. Él se ha hecho reo delante de Dios de una multitud horrorosa de desastres, que deben seguir a la desolación de los pueblos, a la pérdida de las familias, y a tantos infelices como han muerto bajo sus banderas criminales.

Te confieso, hijo mío, que no puedo sostener la idea de un crimen tan horroroso, cuyas trascendencias aún se ocultan a la vista más perspicaz, y mucho más cuando considero que la semilla venenosa aún ha de causar algunos males; pero te digo, hijo mío, que el que no ceden en vista de unas perspectivas tan pavorosas, y no se acojan a la benignidad de un gobierno tan suave como el nuestro que convida con el perdón a todo delincuente, será un reo abominable, aún de la naturaleza misma.

Trabaja, hijo mío, por desengañar a los pobres alucinados; eres virtuoso y sabes amar tus deberes. A Dios.— *Roque Adelai Cambris*.

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602